

NARCISISMO Y NEUROSIS DE GUERRA

NARCISSISM AND WAR NEUROSIS

Sanfelippo, Luis C.¹

RESUMEN

En el presente artículo nos proponemos vincular la introducción del narcisismo con una serie de problemas distintos a los que habitualmente se destacan. Intentaremos justificar, en primer lugar, que algunos de los problemas económicos desarrollados en 1920 habían sido delineados anteriormente, en torno a las perturbaciones narcisistas provocadas por ciertas colocaciones de la libido en el yo. En segundo lugar, que el narcisismo no sólo habría sido importante en la discusión con Jung sino también en los debates con otras orientaciones psicopatológicas en torno a las neurosis de combate. Por último, que dicho concepto no sólo alude a la constitución del yo sino también a la disolución de la unidad yoica, tal como ocurre en ciertas neurosis "narcisistas" como la demencia precoz, la melancolía o las neurosis de guerra.

Palabras clave:

Narcisismo - Neurosis de guerra - Neurosis narcisista - Escisión del yo

ABSTRACT

In this article we propose to link the introduction of narcissism with some problems that are different from those that usually stand out in the literature. We try to justify, first, that some economic problems developed in 1920 had already been raised before, around narcissistic disturbances caused by certain investiture of libido in the ego. Second, that narcissism would not only have been important in the discussion with Jung but also in discussions with other psychopathological orientations around the combat neurosis. Finally, that this concept not only refers to the constitution of the self but also the dissolution of the ego, as in certain "narcissistic" neuroses as dementia praecox, melancholy or war neuroses.

Key words:

Narcissism - Shell-shock - Narcissistic neurosis - Splitting of the ego

¹Doctor en Psicología, UBA. Ex-becario doctoral UBACyT. JTP e Investigador de Historia de la Psicología, Cat. I, Fac. de Psicología, UBA. E-mail: luissanfe@gmail.com

Cuando se aborda el problema de la introducción del narcisismo en la teoría freudiana se suelen subrayar tres ejes. En primer lugar, *la disputa conceptual e institucional con Carl Jung*. La publicación, en 1912, de *Transformaciones y símbolos de la libido* en la revista *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische* (revista que el mismo Jung dirigía tras haber sido nombrado director por Freud) significó un nuevo embate del clínico suizo contra el lugar que Freud pretendía dar a la sexualidad, tal como queda explicitado en una de las cartas que aquél dirigió a su antiguo mentor:

Por lo que respecta a la libido he de confesarle que su observación en el análisis de Schreber (...) ha despertado de nuevo todo aquello que me ha dificultado tan extraordinariamente durante años la aplicación de la teoría de la libido a la demencia precoz (...) Lo esencial es que intento sustituir el concepto descriptivo de libido por otro genético, el cual comprende, aparte de la libido sexual actual, aquellas otras formas de libido que están destacadas de antiguo en funciones firmemente organizadas. (McGuire, 2012, pp. 484-485)

Frente a esta concepción que incluía la sexualidad entre otras formas de libido (entendida como una energía psíquica que podría adoptar diferentes formas), el psicoanalista vienés siguió otorgándole a lo sexual una importancia mayúscula y presentó una nueva forma de su vieja idea del conflicto psíquico como núcleo de las neurosis, lo cual nos conduce al segundo eje con el cual se intenta dar razones para la inclusión del narcisismo. Ésta noción permitiría seguir sosteniendo la existencia de un *dualismo pulsional en conflicto*; pero ya no se trataba de un “conflicto entre la libido y la represión sexual” (Freud, 1906, p. 268) o “entre las pulsiones yoicas y las pulsiones sexuales” (Freud, 1916-17b, p. 319), sino de una nueva “oposición entre la libido yoica y la libido de objeto” (Freud, 1914a, p. 73). De esta manera, lo “yoico” no necesariamente se opondría a la libido, pero no por causa de una desexualización de la libido sino por una sexualización de la instancia yoica. A su vez, el dualismo sufriría una nueva modificación en “Más allá del principio del placer”, cuando las pulsiones de vida, *Eros*, quedaron opuestas a las de muerte, *Tánatos* (Freud, 1920). Distintos fenómenos clínicos caracterizados por la compulsión a repetir a pesar del displacer generado, o incluso de la puesta en cuestión de la preservación de la vida, habrían conducido a esa modificación teórica y, en una lectura rápida, a la inclusión del narcisismo dentro del marco del principio del placer ahora cuestionado.

Por último, además de la disputa con Jung y las modificaciones del dualismo pulsional, el tercer eje con el que se aborda la introducción del narcisismo es el de la constitución del yo. Esa noción daría cuenta de una fase regular del desarrollo ubicada entre el autoerotismo, cuando no existiría aun “una unidad comparable al yo” y la elección de objeto (Freud, 1914a, p. 74). Consistiría, justamente, en la posibilidad de que la libido tomase al yo como objeto de investidura. Recién después de este

“narcisismo primario”, la “investidura libidinal del yo” podría ser “cedida a los objetos” (Freud, 1914a, p. 73). Además, la pregnancia alcanzada por la hipótesis del estadio del espejo delineada por Lacan, contribuyó a subrayar este aspecto de la noción de narcisismo. Desde entonces, para muchos psicoanalista esta categoría parece remitir únicamente a las identificaciones especulares que constituirían la unidad yoica y que se opondrían a la fragmentación propia del autoerotismo.

En el presente artículo nos proponemos recortar una serie de problemas que, en el período que se extiende entre el texto de 1914 y “Más allá del principio del placer”, anudan la introducción del narcisismo a otros ejes, distintos de los que la lectura clásica suele subrayar. Intentaremos justificar que la estrecha relación establecida entre la noción de narcisismo y ciertos cuadros clínicos de gravedad (entre ellos, las patologías de guerra) obliga a considerar otras cuestiones. En primer lugar, que algunos de los problemas económicos desarrollados en 1920 habían sido ya anticipados y delineados anteriormente, en torno a las perturbaciones narcisistas provocadas por ciertas colocaciones de la libido en el yo. En segundo lugar, que el narcisismo no sólo habría sido importante en la discusión teórica con Jung sino también en los debates con otras orientaciones psicopatológicas en torno a los fundamentos de las neurosis de combate. Por último, que dicho concepto no sólo alude al problema de la constitución del yo como entidad unificada sino también a algunas patologías graves que, como la demencia precoz, la melancolía o las neurosis de guerra, ponen en cuestión su unidad.

Algunos problemas económicos del narcisismo

La noción de narcisismo, mencionada ya en el análisis de las memorias del Presidente Schreber, (Freud, 1911) fue introducida formalmente en la teoría psicoanalítica tres años después (Freud, 1914a). El complejo artículo de 1914, escrito bajo el fragor (y las urgencias) de la separación con su principal discípulo, presentaba muchas y diversas ideas que, sin embargo, tenían en común la colocación de la libido en el yo.

Entre ellas, la cuestión del dualismo pulsional, que conducía a distinguir entre una libido que inviste objetos y una libido que toma al yo como objeto. En ocasiones se ha subrayado, con razón, que esta oposición desdibuja la idea de un dualismo en conflicto, pues parece señalar tan sólo dos ubicaciones posibles de la libido y no dos fuerzas que se contraponen. En una lectura rápida de varios fragmentos freudianos (por ejemplo, su concepción del enamoramiento como empobrecimiento yoico), parecería posible concebir que entre la libido yoica y la de objeto existirían unos vasos comunicantes que permitirían el trasvasamiento aporoblemático de la libido de un sitio al otro. A esta interpretación simplista se oponen dos factores. El primero de ellos es la idea de puntos de fijación y de viscosidad de la libido. “El hombre – afirmaba Freud – se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez” (Freud, 1914a, p. 91). Si hubo un narcisismo primario donde la libido invistió al yo, entonces

debió producirse una *fijación* que hacía difícil resignar esa satisfacción y que introducía la posibilidad de *regresar* a ella tras un nuevo conflicto. Por eso, la imagen que el psicoanalista vienés prefirió para especificar al narcisismo no fue la de los vasos comunicantes sino esta otra:

Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, *ella persiste*, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite. (Freud, 1914a, p. 73. *Cursivas son nuestras*)

En otras palabras, el narcisismo no sólo sería capaz de generar fijaciones sino que ni siquiera toda la libido se volcaría a los objetos. Como diría Lacan, muchos años después, hay un “resto” (Lacan, 1962-1963, p. 49) que permanece invistiendo al “propio cuerpo” (Lacan, 1962-63, p. 55). ¿Acaso esa investidura yoica que nunca se resigna, que persiste, podría encontrar razones para oponerse a una libido capaz de volcarse a los objetos, no sólo por su diferente ubicación sino también por algunos rasgos intrínsecos? Freud no contestó explícitamente esta pregunta; pero quizás esas ideas permitieron iniciar un camino que condujo luego a la suposición de unas fuerzas *conservadoras*, contrarias a la extensión de los lazos libidinales propios del Eros y a las construcciones generadas por la vida (Freud, 1920, pp. 36-37), que concluyeron en el establecimiento de una oposición entre “pulsiones libidinosas” y “otras que han de estatuirse en *el interior del yo* y quizá puedan pesquisar en las pulsiones de destrucción” (Freud, 1920, p. 59, nota 27. *Cursivas son nuestras*).

Además, dada la persistencia de una libido yoica, el problema del que había partido Freud aparecía invertido. Si el analista se había propuesto explicar el narcisismo a partir del contrapunto ya admitido entre autoerotismo y elección de objeto, ahora debía explicar cómo serían posibles las investiduras objetales si el narcisismo podía generar una satisfacción que no se resignaría fácilmente. Para abordar esta cuestión, adoptó una perspectiva económica que comenzaba a otorgar al narcisismo un carácter excesivo y patológico: “¿en razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos? (...) Esa necesidad sobreviene cuando la investidura del yo con libido ha sobrepasado cierta medida.” (Freud, 1914a, p. 82). En otras palabras, la libido en el yo no sólo permitiría constituir una unidad, diferente a la fragmentación autoerótica; también podría generar un exceso cuantitativo, por lo que se volvería necesario “empezar a amar para no caer enfermo” (Freud, 1914a, p. 82). Podría creerse que esto es, justamente, lo que garantiza el principio del placer: la libido se desplaza y entonces la economía libidinal se modifica en función de evitar el displacer. Pero, si no se renuncia tan sencillamente a una satisfacción ¿sería tan fácil descartar que una investidura en el yo podría persistir y crecer cuantitativamente a pesar del displacer o de las perturbaciones que podría generar en la vida anímica?

En estrecha relación con este interrogante, existe un se-

gundo factor que cuestiona la imagen de los vasos comunicantes y subraya el carácter problemático de la libido en el yo. Nos referimos a algunos ejemplos clínicos, como la parafrenia y la hipocondría, que Freud utilizó para justificar la existencia del narcisismo. La idea de la libido tomando al yo como objeto podría volverse concebible a partir de la autocomplacencia de la mujer hermosa (Freud, 1914a, p. 85) o por la vida anímica infantil. Un niño puede llegar a creer en la “omnipotencia de los pensamientos” o en el poder de sus deseos (Freud, 1914a, p. 73). Quizás esto sirva para dar cuenta de la libido en su yo. Pero esa situación es muy diferente al “delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior” propio de un parafrénico como Schreber (Freud, 1914a, p. 72) Si la diferencia entre la creencia infantil y la megalomanía no reside tanto en el lugar de colocación de la libido, entonces seguramente dependerá del grado, de la magnitud del factor cuantitativo que inviste al yo (incluso al precio de destrozarse su unidad como en los casos más extremos de esquizofrenia) y de la intensidad con la que se retira la libido del mundo (que condujo a Bleuler a acuñar el término de autismo). No en vano Freud introdujo la idea de que en la parafrenia, así como también en la hipocondría (pero no en la vida anímica infantil ni en la autoexaltación de la belleza propia), se produciría un “*estasis de la libido yoica*” (Freud, 1914a, p. 81. *Cursivas son nuestras*).

Con respecto a la hipocondría, el psicoanalista afirmó que en ella también se “retira interés y libido (...) de los objetos del mundo exterior”; la particularidad que la distinguiría de la parafrenia sería el hecho de que “los concentra sobre el órgano que le atarea”, al igual que ocurre en la enfermedad orgánica (Freud, 1914a, p. 80). Enseguida, Freud incluyó a dicho cuadro dentro de las neurosis actuales que, como la neurosis de angustia y la neurastenia, carecerían de mecanismo psíquico. Sin embargo, la distancia con las psiconeurosis no sería tan grande¹, pues el psicoanalista concibió la posibilidad de que “una partícula de hipocondría” sea, “por lo general, constitutiva de las otras neurosis”, pues en ninguna faltarían sensaciones corporales de carácter displacentero (Freud, 1914a, p. 80). De esa manera, el narcisismo quedó vinculado a un cuadro como la hipocondría que generaría una gran perturbación en el funcionamiento psíquico (al punto de que toda la actividad parecería girar en torno del órgano portador del mal) y que fue definido como un problema económico (dado el “estasis de la libido yoica”).

Para concluir con el comentario del artículo de 1914, quisiéramos recordar que el narcisismo también fue asociado con las “barreras con que se chocaba en el intento de mejorar” el estado de algunos neuróticos (Freud, 1914a, p. 71). A tal punto el narcisismo se presentaba como un obstáculo para la cura que se convirtió en el eje que permitió constituir una nueva nosografía, que opuso las psiconeurosis de transferencia y las narcisistas. En un comienzo, tan sólo la esquizofrenia y la paranoia fueron incluidas dentro de este último grupo. Pero rápidamente,

¹Hacia 1895, neurosis de defensa y actuales, si bien ocupaban lugares nosográficos opuestos, podían encontrarse combinadas en los casos concretos dada la existencia de *neurosis mixtas*.

en un texto escrito en 1915 y publicado dos años después, se sumó otro cuadro: la melancolía (Freud, 1917 [1915]). “Duelo y melancolía” se presentaba como un artículo destinado a comparar un proceso normal con una afección narcisista. Ambos se caracterizarían por “una desazón profundamente dolida” (Freud, 1917 [1915], p. 242), que entonces el autor no terminaba de explicar, pero que parecía reclamar un abordaje económico (Freud, 1917 [1915], pp. 242-243). Además, en los dos casos ocurriría “una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad” (Freud, 1917 [1915], p. 242). Toda indicaría que en ambos procesos se habría producido una perturbación económica: la libido fue retirada de los objetos y quedó fijada al obstáculo que se procuraba superar.

El “trabajo del duelo”, es decir, el problema que por el duelo se intentaría resolver, fue planteado en términos económicos. Consistiría en “quitar toda la libido de sus enlaces con ese objeto” una vez que el examen de realidad mostraba que el objeto amado no existía más (Freud, 1917 [1915], p. 242). Esta tarea se toparía con una resistencia, que Freud consideraba universal y que ya había aparecido en el texto de 1914, a saber: “el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal” (Freud, 1917 [1915], p. 242). Por eso, esa orden llevaría tiempo: “se ejecuta pieza por pieza (...) Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido” (Freud, 1917 [1915], p. 243). Mientras ese desasimiento no terminaba de consumarse, mientras duraba el trabajo del duelo, ese componente cuantitativo seguiría estando *presente*, así como también continuaría “la existencia del objeto perdido en lo psíquico” (Freud, 1917 [1915], p. 243).

En la melancolía se sumarían, además, unos autorreproches, que le hicieron suponer a Freud que la “investidura de objeto (...) fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que [al igual que en las parafrenias] se retiró sobre el yo (...), sirvió para establecer una *identificación* del yo con el objeto” (Freud, 1917 [1915], p. 246. Cursivas en el original) y llegó al punto de una “bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación” (Freud, 1917 [1915], p. 247). Nótese que, para Freud, no se habría producido una descarga o una pérdida de libido, sino una derivación de ella hacia el yo, lo cual otorgaría un soporte para satisfacciones paradójicas. “Si el amor por el objeto – ese amor que no puede resignarse al par que el objeto mismo es resignado – se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en ese sufrimiento una satisfacción sadica” (Freud, 1917 [1915], pp. 248-249). Si bien el psicoanalista aun no pensaba la melancolía a partir del masoquismo sino de un sadismo vuelto hacia la propia persona, es claro que ya entonces señalaba la presencia de un exceso libidinal que no era resignado a pesar de la generación de displacer. En ese contexto, introdujo una imagen, precisa y preciosa, que reforzaba la idea de un problema económico: “El complejo melancólico se comporta como una *herida abierta*, atrae

hacia sí desde todas partes energías de investidura (que en las neurosis de transferencia hemos llamado “contrainvestidura”) y vacía al yo hasta el empobrecimiento total” (Freud, 1917 [1915], p. 250. Cursivas son nuestras). El melancólico quedó fijado a un “automartirio (...) inequívocamente gozoso” (Freud, 1917 [1915], p. 249); entre tanto, el mundo perdió interés y sentido, y el yo devino un residuo que es necesario castigar. Definitivamente, en estas afecciones narcisistas, la investidura libidinal del yo aparecía vinculada a las más graves afecciones psíquicas, a las más grandes resistencias a la curación y a los más intensos problemas económicos.

El trauma visto desde una perspectiva económica

La 18° Conferencia de introducción al psicoanálisis, titulada “La fijación al trauma, lo inconciente”, fue dictada durante el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, en un momento en que Freud ya había perdido las pocas ilusiones que en un principio había sentido por esa guerra (Jones, 1953-57, T. II, p. 202), la cual no se cansaba de mostrar cada vez más y peores horrores. En ese contexto en el que pululaban los casos de neurosis de combate, el padre del psicoanálisis hizo explícitas sus intenciones de volver a darle a la noción de trauma un lugar de importancia en el saber psicoanalítico y de abordarlo a partir de una perspectiva económica:

Las neurosis traumáticas dan claros indicios de que tienen en su base una fijación al momento del accidente traumático. Estos enfermos repiten regularmente en sus sueños la situación traumática; cuando se presentan ataques histeriformes, que admiten un análisis, se averigua que el ataque responde a un traslado total [del paciente] a esa situación. Es como si estos enfermos no hubieran podido acabar con la situación traumática, como si ella se les enfrentara todavía a modo de una tarea actual insoslayable; y nosotros tomamos esta concepción al pie de la letra: nos enseñan el camino hacia una concepción, llamémosle económica, de los procesos anímicos. Más aún: la expresión <<traumática>> no tiene otro sentido que ese, el económico. La aplicamos a una vivencia que en un breve lapso provoca en la vida anímica un exceso tal en la intensidad de estímulo que su tramitación o finiquitación por vías habituales y normales fracasa, de donde por fuerza resultan trastornos duraderos para la economía energética (Freud, 1917a, pp. 251-252)

Consideramos importante subrayar varios elementos de este fragmento. En primer lugar, la relación que se establece entre la noción de trauma y los conceptos de fijación y repetición. Vivir una situación traumática parecería dejar una marca que podría funcionar como punto de fijación e impulsar la repetición de esa situación en sueños o en ataques. Todo el párrafo subraya el componente afectivo, pulsional, cuantitativo de este proceso. Se trataría menos del recuerdo de un hecho pretérito que de una experiencia que no terminaba de volverse pasado, que permanecería como una tarea actual a la que se volvería una y otra vez. La noción de “compulsión a la repetición”, que había sido acuñada en 1914 en “Recordar, repetir y reelaborar”

(Freud, 1914b), parecía reclamar su inclusión en este párrafo y desplazarse desde el problema del “retorno de lo reprimido” (resaltado en 1914) hacia el carácter “conservador” de la pulsión (que va a ser subrayado en 1920). En segundo lugar, si el acento no estaba puesto en el contenido representativo de la situación sino en su carácter compulsivo, se entiende entonces que su abordaje precisara una perspectiva económica. El trauma se caracterizaría por un “exceso” cuantitativo. Dicho exceso no sería absoluto sino relativo a dos variables. Por un lado, al lapso de tiempo en el que se introdujo la magnitud de estímulo: la misma cantidad distribuida en un lapso de tiempo mayor podría no ser traumática. Por otro lado, a “las vías habituales y normales” a las que cada uno recurre en el intento de tramitar y finiquitar los estímulos que se le presentan. Es decir, el trauma también dependería de algunas particularidades de quien atraviesa la experiencia y no sólo de las características de ésta última. En tercer lugar, el trauma dejaría consecuencias duraderas en el funcionamiento económico del psiquismo. No actuaría, por lo tanto, como una *cicatriz*, como la marca ya acabada de un tiempo pasado sino, al igual que la melancolía, como una *herida abierta*, que continuaría requiriendo un trabajo del aparato anímico, quien parece incapaz de concluir su tramitación.

Las neurosis de guerra como afecciones narcisistas

Como han señalado diversos autores, las posiciones respecto a la naturaleza de las neurosis de combate han sido tan diversas como intensos los debates que suscitaron (Brunner, 2000; Lerner, 2001; Roudebush, 2001; Ramirez Ortiz, 2007). A pesar de que en el comienzo de la guerra no fueron pocos los que consideraron esos cuadros como afecciones somáticas (tal como lo atestigua la utilización del término *shell-shock* para definirlos), paulatinamente fue imponiéndose la idea que estos patologías responderían a un mecanismo psíquico centrado en representaciones, deseos o procesos que escapan a la consciencia y a la voluntad de quienes los padecían. Por esta vía, algunas de las ideas psicoanalíticas comenzaban a ganar terreno en un saber psiquiátrico que hasta entonces había rechazado sus proposiciones principales.

Sin embargo, el lugar otorgado a la sexualidad en la teoría psicoanalítica parecía oficiar de un obstáculo mayúsculo para la aceptación de sus hipótesis sobre las neurosis de guerra. Si, como afirmaba buena parte del establishment médico, los elementos sexuales no cumplían ningún rol en el desarrollo de estas patologías, entonces cabían dos posibilidades: o bien, estas neurosis eran radicalmente distintas a las neurosis de paz y, entonces, el psicoanálisis, diseñado para estas últimas, no podía ser aplicado a las primeras; o bien, los cuadros de guerra eran idénticos a aquellos surgidos en tiempos pacíficos y, entonces, en las neurosis corrientes la sexualidad tampoco tendría la importancia que Freud le atribuía.

Si se tienen en cuenta estas consideraciones, se entiende por qué el círculo cercano al psicoanalista vienés se movilizó casi orgánicamente a esgrimir distintos argumentos en favor del carácter sexual de las neurosis de guerra. El

punto de apoyo de la mayoría de las intervenciones sobre este aspecto problemático no fue otro que el concepto de “narcisismo” (Brunner, 2000; Ramirez Ortiz, 2007). Dado que esta noción permitía anudar problemas vinculados al yo, a lo sexual y a lo económico, parecía indicada para abordar las neurosis de guerra de una manera tal que conciliara las hipótesis psicoanalíticas sobre la participación de la libido en la generación de las neurosis con la idea de un peligro para el yo y para la auto-conservación, destacado por la mayoría de los autores no analíticos. O, en otras palabras, el narcisismo aparecía como la clave para intentar refutar las críticas que impugnaban el papel de la sexualidad en las neurosis de guerra y destacaban solamente la incidencia del riesgo de vida.

Sandor Ferenczi fue uno de los primeros psicoanalistas en escribir un texto íntegramente dedicado a estas patologías. La tesis principal del artículo “Dos tipos de neurosis de guerra (histeria)” consistía en que estos casos no constituían una enfermedad nueva sino que podían ser incluidos en las categorías nosográficas freudianas de “histeria de conversión” y de “histeria de angustia” (Ferenczi, 1917). Como puede apreciarse, desde esta perspectiva las patologías de combate quedaban incluidas dentro de las neurosis de transferencia y no de las narcisistas. No obstante, en dicho escrito comenzaban a aparecer rasgos vinculados a la perspectiva económica con la que Freud comenzaba a abordar el problema del trauma.

Por un lado, Ferenczi afirmaba que había llegado al diagnóstico de “histeria de conversión” por la observación de enfermos “monosintomáticos” cuya contractura o parálisis reproducía exactamente “la *inervación que prevalecía en el momento de la conmoción (del sobresalto)*”; al mismo tiempo, ese *shock* no era recordado por el paciente (Ferenczi, 1917, p. 3. Cursivas en el original). El “*traumatismo*” sería -para Ferenczi- “la consecuencia de un afecto repentino (el miedo) que no pudo ser dominado por el psiquismo; (...) la moción afectiva, todavía no liquidada, permanecería activa en la vida psíquica inconsciente” aún cuando “no pensasen conscientemente en lo que vivieron” (Ferenczi, 1917, p. 3). En otras palabras, el afecto, suscitado repentinamente y no descargado ni dominado, se habría desplazado a una inervación corporal produciendo el síntoma como sustituto del recuerdo olvidado y haciendo que el sujeto quede “petrificado” en la posición que tenía en el momento del accidente (Ferenczi, 1917, p. 4). Esta explicación del diagnóstico y del mecanismo que produciría los síntomas incluía un detalle, no destacado ni por Ferenczi ni por Ramirez Ortiz en su pormenorizado comentario del artículo del psicoanalista húngaro (Ramirez Ortiz, 2007, p. 21-42), que merecería ser destacado. Para Freud, el síntoma, como sustituto del recuerdo y como compromiso entre lo reprimido y las instancias represoras, suponía el retorno *desfigurado* de aquello olvidado. Esta desfiguración no podía encontrarse en estos casos, pues los síntomas parecían reproducir *exactamente* el instante traumático, como si el trabajo simbólico hubiese sido imposibilitado o, al menos, dificultado por el carácter repentino y la intensidad del afecto (rasgos subrayados por Freud en la conferencia sobre el trauma a la

que hicimos referencia).

Por otro lado, los casos interpretados como "histeria de angustia" se caracterizaban por presentar temblor generalizado, palpitaciones, transpiración, hiperestésias y pesadillas que repetían situaciones del frente de batalla (Ferenczi, 1917, p. 4-5). Como el temblor y los síntomas más intensos no aparecían en la cama sino en el momento en que se disponían a caminar, Ferenczi interpretó que operaban como una fobia, donde la angustia anudada a la marcha procuraría evitar la exposición a una situación análoga a la conmoción vivida (Ferenczi, 1917, p. 5-6). Al igual que en los casos de histeria de conversión, aparecía también aquí una referencia al carácter "inesperado" del choque, que no habría dado tiempo a movilizar una "atención (...) proporcional a la intensidad real de la excitación producida" y, entonces, no se habría podido "impedir que la excitación derivara por vías anormales" (Ferenczi, 1917, p. 9). Estas líneas no sólo remiten en forma directa a las ideas sobre el trauma vertidas por Freud en la Conferencia 18, sino también a la diferencia que el psicoanalista vienés empezaba a trazar entre la angustia y el terror: este último resaltaría las consecuencias subjetivas de la ausencia de preparación frente al peligro, mientras que aquella funcionaría como un "apronte", una "señal" que prepararía al sujeto para enfrentar lo peligroso y que permitiría "ligar" y tramitar la excitación (Freud, 1916-17c, p. 360).

Un año después del artículo citado, se realizó en Budapest el Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis, que contó con la presencia de delegados de gobierno y de oficiales militares de los Imperios Alemán y Austro-Húngaro, interesados en buscar nuevos tratamientos que permitieran devolver a los soldados enfermos lo más rápido posible al campo de batalla. Ferenczi fue uno de los tres oradores que abordaron explícitamente el tema de las neurosis de guerra (los otros dos fueron Karl Abraham y Ernst Simmel). En su exposición, el analista húngaro sostuvo que "las neurosis de guerra, de acuerdo con el psicoanálisis, pertenecen a un grupo de neurosis en las cuales está afectada no sólo la sexualidad genital, como en la histeria ordinaria, sino también su precursor, el así llamado narcisismo, amor a sí mismo, como en la demencia precoz y la paranoia" (Ferenczi, 1919 [1918], p. 17). Esta afirmación implicaba un cambio en la posición que él mismo había adoptado respecto del diagnóstico de estas patologías, pues las neurosis de guerra ya no eran ubicadas cerca de la histeria sino de las neurosis narcisistas. Para fundamentar su perspectiva, el analista esgrimió diferentes argumentos. En principio, los síntomas predominantes del cuadro en la esfera psíquica (es decir, por fuera de las parálisis o demás anomalías motoras o sensitivas) serían: "depresión hipocondríaca, terror, ansiedad y un alto grado de irritabilidad con tendencia a las explosiones de ira" (Ferenczi, 1919 [1918], p. 18). Esas características semiológicas darían cuenta de una "*sensibilidad yoica aumentada*" (Ferenczi, 1919 [1918], p. 18. Cursivas en el original). Además, "a consecuencia del *shock*, el interés y el apetito sexual (libido) de los pacientes fue retirado del objeto al yo" (Ferenczi, 1919 [1918], p. 18). Este retiro de la libido de los objetos del mundo hacia

el yo permitiría explicar, según su punto de vista, "las sensaciones orgánicas hipocondríacas y la hiper-sensibilidad", así como también "la disminución del amor objetal" y de "la potencia genital", que otorgarían al cuadro una apariencia desexualizada, cuando en realidad no lo sería (Ferenczi, 1919 [1918], p. 18; 1917, p. 10). Como señala Ramírez Ortiz, con esta explicación Ferenczi estaba describiendo "un proceso análogo a la explicación freudiana del duelo y la melancolía" (Ramírez Ortiz, 2007, p. 85). La libido vuelta al yo aparecía entonces como la clave para explicar las neurosis de guerra y fundamentar, de esa manera, el carácter yoico y sexual de esas patologías. La exposición de Karl Abraham también ubicó al narcisismo en ese lugar, al considerar que el trauma vivido en el campo de batalla actuaría "en la sexualidad de muchas personas en el sentido de dar impulso a una alteración regresiva que llega hasta el narcisismo" (Abraham, 1919 [1918], p. 23). Luego, cuando en 1919 las ponencias del Congreso de Budapest se convirtieron en el primer libro publicado por la Editorial Psicoanalítica Internacional (cuyo título fue *El psicoanálisis y las neurosis de guerra*), también fueron incluidos en la publicación un texto de Jones y una introducción redactada por Freud. En ambos escritos, el problema del narcisismo volvía a aparecer en primer plano.

El capítulo de Jones constituía la reproducción de una conferencia pronunciada el 9 de abril de 1918 en la Sociedad Real de Medicina (Ramírez Ortiz, 2007, p. 52). El título del artículo marcaba, de entrada, su filiación freudiana: "War shock and Freud's theory of the neuroses" (Jones, 1919 [1918]). Quisiéramos destacar dos cuestiones que se vinculan con el problema que venimos analizando en el presente artículo. En primer lugar, para Jones la guerra produciría un nuevo conflicto en el yo al empujar a "cometer actos y presenciar escenas que son profundamente repulsivas para nuestras disposiciones estéticas y morales. Toda clase de impulsos crueles, sádicos o asesinos, que estaban previamente olvidados y sepultados, son arrastrados a una gran actividad, y los viejos conflictos intrapsíquicos (...) son reforzados y la persona es compelida a lidiar con ellos bajo circunstancias totalmente diferentes" (Jones, 1919 [1918], p. 48). En otras palabras, el conflicto bélico alteraría los viejos equilibrios, las antiguas resoluciones del conflicto entre "las pulsiones agresivas y sexuales" y "las exigencias de la civilización" (Ramírez Ortiz, 2007, p. 57), al arrastrar a cada uno a situaciones repulsivas para las representaciones propias y compartidas, y al reforzar impulsos crueles que el yo había logrado dominar. Pero, al mismo tiempo, lo introducido por el conflicto bélico no era completamente nuevo: en tiempos de paz también se encontrarían esos mismos componentes, aunque reprimidos o sublimados. Como puede apreciarse, esta descripción comenzaba a otorgarle una importancia decisiva a los impulsos crueles y sádicos, que Freud ya había destacado (sobre todo, en sus textos metapsicológico de mediados de la década de 1910) y que alcanzarían un lugar central en la reconfiguración del dualismo pulsional en 1920. En segundo lugar, desde la perspectiva del psicoanalista inglés, no habría gran dife-

rencia entre miedo realista y neurótico. Aun en los casos de neurosis surgidas en el contexto bélico, el miedo no sería una reacción adecuada a un peligro real sino una respuesta frente a las exigencias de la libido. Sólo que, en esas circunstancias, el afecto no derivaría “del apetito sexual reprimido que es dirigido hacia los objetos externos, como en el caso de la ansiedad mórbida de las neurosis de paz, sino de la parte narcisística del apetito sexual que está ligada al yo” (Jones, 1919 [1918], p. 57-58). Acto seguido, Jones se “aventuró a sugerir” que “aquí” -es decir, en el narcisismo- tendríamos “la clave de los estados de terror con los que estamos familiarizados en las neurosis de guerra” (Jones, 1919 [1918], p. 58).

Finalmente, quisiéramos ocuparnos de la introducción al libro sobre las neurosis de guerra, donde Freud también otorgó al narcisismo un lugar central para anudar la idea de un conflicto en el yo con la noción de libido y con una perspectiva económica del trauma. En dicho texto, el padre del psicoanálisis admitió que las neurosis de guerra tendrían particularidades que las diferenciarían de las “neurosis corrientes de tiempos de paz” (Freud, 1919, p. 206), y que las acercaría a “la neurosis traumática, que (...) sobreviene también en tiempos de paz tras el terror y los accidentes graves” (Freud, 1919, p. 207). Inmediatamente, Freud aludió a un problema de las neurosis de guerra (también planteado por Jones) que se localizaría en el yo. Desde su perspectiva, no se trataba ni de las consecuencias sufridas por el yo por haber quedado expuesto a un peligro realista o a un riesgo de vida objetivo que despertaría terror, ni del interés del yo por obtener un beneficio (como una pensión o la desertión)², sino de la existencia en su interior de un *conflicto* que conduciría a su *escisión* “entre el antiguo yo de la paz y el nuevo yo guerrero del soldado” que le planteaba a aquél exigencias irresolubles (Freud, 1919, p. 207). En una carta enviada a Jones el 18 de febrero de 1919 (previa a la publicación de esta introducción y del libro sobre las neurosis de guerra), Freud resaltaba el carácter inconsciente y refractario a la cura de esta situación, al afirmar que “la neurosis de guerra es un caso de *conflicto narcisístico en el yo*, análogo en cierto modo al mecanismo de la melancolía” (Paskauskas, 2001, p. 396. Cursivas son nuestras). En este punto, Freud estaba haciendo referencia a la hipótesis, presentada en “Duelo y melancolía”, de que en esta última patología el yo se escindiría en dos partes, una que se identificaría con el objeto cuya investidura se habría resignado, y otra crítica, que denigraría a la anterior y obtendría una “satisfacción sádica” (Freud, 1917 [1915], p. 249). De esta manera, las neurosis de guerra eran acercadas a una de las neurosis narcisistas (y, por ende, a las dificultades mayores para el desarrollo de una cura) y, a su vez, el narcisismo quedaba vinculado a una perturbación grave del yo, instancia psíquica que, lejos de reflejar una unidad, aparecía completamente dividida a causa de la intensidad

²Las hipótesis que concebían a las neurosis de guerra como una consecuencia del miedo a un peligro objetivo o como el resultado de un deseo egoísta que se oponía a las obligaciones bélicas y a los intereses colectivos eran habituales entre los médicos que se ocuparon de estas patologías.

de las exigencias pulsionales que habitaban en su seno. El “nuevo yo guerrero” empujaba al antiguo “yo de paz” a situaciones que no sólo eran peligrosas para la autoconservación, sino que también implicaban el despliegue de impulsos agresivos que, en muchos casos, habían recibido antiguamente un tratamiento y un destino muy diferente a su expresión directa y a su puesta en escena. Además, con estas referencias, Freud complejizaba las relaciones y las fronteras entre el mundo exterior y el psiquismo, entre el peligro real-objetivo y el peligro interno: “Tanto se puede decir que, mediante la huida a la neurosis traumática, el yo antiguo se protege del riesgo mortal como que se defiende del nuevo yo, a quien discierna como peligroso para su vida” (Freud, 1919, p. 207).³ Hacia el final de la pequeña introducción insistió en la misma dirección. Se podría creer que en las neurosis de transferencia lo temido serían las exigencias provenientes de la libido mientras que en las neurosis de guerra el peligro proviene de “poderes externos”; sin embargo, para Freud, en estas últimas “lo que se teme es pese a todo un enemigo interior” (Freud, 1919, p. 208).

En este punto, el narcisismo vino a tender un puente entre conflicto yoico y libido, y otro puente entre neurosis de guerra y neurosis de paz. Obviamente, Freud conocía las hipótesis que negaban la participación de la sexualidad en las patologías bélicas, pero afirmó que en este aspecto “la emergencia de las neurosis de guerra no pudo aportar ningún factor nuevo”, pues también era difícil aplicar la teoría de la libido a las neurosis “narcisistas”: *dementia praecox*, paranoia, melancolía (Freud, 1919, p. 207). Por su parte, “la neurosis traumática (de tiempos de paz)” seguiría “siendo la más refractaria” para demostrar la participación de la libido en la patogénesis de los síntomas. Sin embargo, para Freud, habría una forma de incluir a todos esos cuadros en una misma concepción:

Sólo mediante la formulación y el manejo del concepto de una “libido narcisista”, es decir, de una medida de energía sexual que depende del yo mismo y se sacia en él como por lo común sólo lo hace en el objeto, se consiguió extender la teoría de la libido también a las neurosis narcisistas (...) También la neurosis traumática (de paz) se insertará en esta conexión toda vez que logren un resultado las indagaciones acerca de los nexos, existentes sin ninguna duda, entre terror, angustia y libido narcisista. (Freud, 1919, p. 207)

Como anticipábamos, la noción de narcisismo aparecía también aquí como el soporte conceptual para enlazar *los peligros para el yo* (y una concepción *dinámica* del conflicto) con *la libido como peligro* (y una concepción *económica*, atenta a los incrementos de cantidad cuyos correlatos subjetivos serían el terror o la angustia). Al mismo tiempo, permitía concebir la participación de la sexualidad

³Con la alusión a esta evitación del peligro, Freud reconocía el beneficio que podría aportar el refugio en la enfermedad; pero su concepción impedía concebir esa maniobra como un objetivo consciente, propio de un simulador que rehúsa exigencias colectivas, pues sería el yo mismo quien se encontraba atravesado por un conflicto al que sólo pudo darle una resolución neurótica.

en todas las neurosis. De esta manera, a Freud ya no le parecían “insuperables las dificultades teóricas” que cerraban el paso a una “concepción unificadora” de todas las neurosis en torno a la libido (Freud, 1919, p. 208).

Este movimiento tenía una contracara. Si la libido estaba presente en las neurosis traumáticas y no sólo en las de transferencia, entonces el trauma también ocuparía un lugar en estas últimas. Freud concluyó su artículo con la siguiente frase: “En efecto, es posible, con buen derecho, caracterizar a la represión, que está en la base de toda neurosis, como reacción frente a un trauma, como neurosis traumática elemental” (Freud, 1919, p. 208).

Mas allá del giro de 1920: rupturas y continuidades

Es sabido que “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920) constituye uno de los textos centrales de la obra freudiana y que fue especialmente destacado por aquellos analistas formados en la enseñanza de Lacan. El extenso artículo fue escrito en la inmediata posguerra, cuando aun perduraban muchas de las consecuencias de la matanza (hambre, ruinas, duelos inacabados, trincheras vacías con las marcas del horror aun vigentes). En ese contexto, el psicoanalista no sólo cuestionó que el principio del placer pudiera regir permanentemente el funcionamiento del aparato psíquico (al introducir la idea de una compulsión a repetir que se imponería a pesar del *displacer* y la perturbación económica generada), sino que también propuso un nuevo dualismo pulsional, que oponía las pulsiones de muerte a las de vida y que parecía reemplazar la anterior oposición entre libido yoica y de objeto. De hecho, en ningún lugar del texto es posible encontrar que se otorgue a la noción de “libido narcisista” un lugar central, a pesar de que, en 1919, parecía ser la clave para pensar varios de los problemas abordados en 1920, como las neurosis de guerra, el terror y la angustia.

Sin embargo, muchas de las referencias que hemos señalado del período 1914-1920 obligan a admitir también continuidades entre los problemas vinculados al narcisismo y los delineados en “Más allá del principio del placer”. En principio, hemos subrayado la insistencia de Freud en plantear la dificultad del hombre para abandonar antiguas satisfacciones, cuestión que permitía concebir que la libido pudiera volver a investir al yo (por regresión) o, incluso, que una parte de la investidura yoica nunca fuera abandonada, a pesar del riesgo de enfermar por ello. Luego, hemos visto que la libido en el yo era presentada como un problema económico que podía llegar al “estasis” y estar en la base de las perturbaciones neuróticas más graves: demencia precoz, hipocondría, melancolía y, finalmente, neurosis de guerra. Por último, quisiéramos destacar que la noción de libido narcisista seguía ocupando un lugar central en el momento en que Freud estaba delineando algunos de los esquemas conceptuales centrales del texto de 1920. La primera referencia a dicho escrito apareció en una carta enviada a Ferenczi el 17 de marzo de 1919 (Faldezer & Brabant, 2001, p. 196). Pero probablemente, Freud ya estaba perfeccionando alguna de sus ideas cuando escribió uno de los fragmentos que componen la epístola dirigida a Jones el 18/02/19, a la que ya hicimos referencia:

Considere el caso de la neurosis traumática de paz. Es una aflicción narcisista, como demencia precoz, etc. El mecanismo puede deducirse. La angustia es una protección contra el shock [*schreck*]. Ahora bien, el problema con la neurosis traumática parece ser el de que el alma no ha tenido tiempo de recurrir a esa protección y es [sobrepasada] sorprendida por el trauma sin estar preparada. Su *reizschutz* [barrera de estímulo] es sobrepasada, y su función primaria y principal de evitar una excesiva cantidad de *reiz* [estímulo], frustrada. Entonces se emite libido narcisista en forma de indicadores de angustia. Éste es el mecanismo de todos los casos de represión primaria, por lo que en el fondo de todos los casos de neurosis de transferencia se encuentra una neurosis traumática. (Paskauskas, 2001, p. 396; Ramírez Ortiz, 2007, p.158)

Subrayemos algunas cuestiones. El fragmento conectaba directamente las ideas de ausencia de preparación y el ingreso en poco tiempo de magnitudes hipertróficas de excitación (planteadas ya en las Conferencias de 1917) con la hipótesis de una barrera o pantalla de protección anti-estímulo (presentada recién en 1920), que sería perforada por la irrupción de esa cantidad que entonces vendría traumática (Freud, 1920, p. 27). Luego, el aparato respondería con “libido narcisista en forma de indicadores de angustia”. No se trataba allí de la posibilidad (formalizada en 1926) de que la angustia funcionase como una señal para poner en juego los mecanismos de defensa y evitar la perturbación económica. Justamente, ésta última había tenido lugar y la angustia, a la que el alma no pudo recurrir *antes* del trauma, funcionaría como un intento *posterior* de mitigar sus efectos. En 1920 Freud desarrolló en profundidad esta idea al retomar la diferencia (señalada en la Conferencia 25) entre terror y angustia (Freud, 1916-17c, p. 360; Freud, 1920, p. 31). El “apronte angustiado” implicaría una “sobreinvestidura” que prepararía mejor al sistema para recibir los volúmenes de excitación y, por ende, podría funcionar como “la última trinchera de la protección antiestímulo” (Freud, 1920, p. 31). Cuando esta preparación fallaba, sobrevendría el terror, el trauma, que se repetiría compulsivamente, por ejemplo, en los sueños de las neurosis traumática, donde el soñante, reconducido a la situación del accidente, “se despierta con renovado terror” (Freud, 1920, p. 13). En tal sentido, el despertar aterrado mostraría la repetición del fracaso del aparato en su propósito de ligar esas cantidades e impedir la perturbación económica; pero, al mismo tiempo, dichos sueños procurarían “recuperar el dominio sobre el estímulo por medio de un desarrollo de angustia cuya omisión causó la neurosis traumática” (Freud, 1920, p. 31). Como en el caso del dolor o de la melancolía, constituirían un intento de establecer una “contrainvestidura” (o “sobreinvestidura”) con el fin de *cicatrizarse* esa “herida abierta”, aun al precio de la parálisis y el “empobrecimiento” del yo (Freud, 1917 [1915], p. 250; Freud, 1920, pp. 29-30). Por otro lado, el fragmento volvía a acercar las neurosis traumáticas (en este caso, las “de paz”, pero también podría aplicarse la misma idea a las “de guerra”) a las neurosis narcisistas. El gesto fue repetido en el artículo

de 1920: "El cuadro de la neurosis traumática se aproxima al de la histeria por presentar en abundancia síntomas motores similares; pero lo sobrepasa, por lo regular, en sus muy acusados indicios de padecimiento subjetivo – que la asemejan a una hipocondría o una melancolía –, así como en la evidencia de un debilitamiento y una destrucción generales mucho más vastos de las operaciones anímicas" (Freud, 1920, p. 12).

Si se fuera consecuente con lo planteado por Freud a mediados de la década de 1910, podría creerse que el psicoanalista dejaba a las neurosis de guerra por fuera del tratamiento analítico, diseñado para las neurosis de transferencia. Sin embargo, el libro de 1919 (tema principal de la carta enviada a Jones) no sólo constituía una lectura psicoanalítica de las neurosis de guerra sino también una defensa del psicoanálisis como práctica eficaz para su tratamiento. Por ende, consideramos que el psicoanalista vienés no intentaba plantear la imposibilidad de tratar las neurosis traumáticas a través del psicoanálisis; más bien, conjeturamos que procuraba situar las dificultades mayores con la que se toparía la cura cuando el libido se encontraba fijada a perturbaciones de la economía psíquica y del yo tales como las ocurridas en la hipocondría, la melancolía o las neurosis de guerra.

Estos cuadros, que Freud no dudaba en anudar al narcisismo, denotarían una zona problemática de la clínica que no sólo se distinguiría de las neurosis de transferencia sino que, paulatinamente, fue alejándose de las psicosis clásicas (demencia precoz y paranoia) para constituir un territorio particular: el de las neurosis narcisistas propiamente dichas, caracterizadas por un conflicto entre el yo y el superyó (Freud, 1924 [1923], p. 158). En los últimos años, en ciertos territorios del psicoanálisis lacaniano se ha producido una recuperación del problema del narcisismo y de las neurosis narcisistas (Amigo, 2001; Laznik, 2003; Hartmann, 2011; Cancina, 2012), por años minimizado dada la pregnancia de la tripartición nosográfica (neurosis / perversión / psicosis) y la mayor atención brindada a los registros simbólico y real en detrimento del imaginario. Confiamos en que este artículo pueda inscribirse en la misma senda, no sólo (y no tanto) para cuestionar las clasificaciones diagnósticas clásicas, sino también para interrogar los problemas económicos, las perturbaciones yoicas y los obstáculos para la cura que Freud supo anudar al concepto de narcisismo.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1919), *Psycho-Analysis and the War Neuroses*. London, Viena, New York: The International Psycho-Analytical Press. 1921.
- Abraham, K. (1919 [1918]). Ponencia en el Simposio sobre Neurosis de Guerra en el Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis en Budapest. En AA.VV. (1919), *Psycho-Analysis and the War Neuroses* (22-29). London, Viena, New York: The International Psycho-Analytical Press. 1921.
- Amigo, S. (2001). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Brunner, J. (2000). Will, Desire and Experience: Etiology and Ideology in the German and Austrian Medical Discourse on War Neurosis. *Transcultural Psychiatry*, 37 (3), 295-320.
- Cancina, P. (2012). *El dolor de existir... y la melancolía*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Falzeder, E. & Brabant, E. (2001c), *Sigmund Freud. Sandor Ferenczi. Correspondencia completa. 1917-1919. Vol. II.2*. Madrid: Síntesis.
- Ferenczi, S. (1916). Dos tipos de neurosis de guerra (histeria). En Ferenczi, S. (1981), *Obras completas, Tomo 2* (p. 311-327). Madrid: Espasa Calpe. Recuperado de <http://psicoanalisis.org/ferenczi/51-100.htm> (p. 1-10), (citado de esta última edición)
- Ferenczi, S. (1919 [1918]). Ponencia en el Simposio sobre Neurosis de Guerra en el Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis en Budapest. En AA.VV. (1919), *Psycho-Analysis and the War Neuroses* (p. 5-21). London, Viena, New York: The International Psycho-Analytical Press. 1921.
- Freud, S. (1911). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Demencia paranoidea) descrito autobiográficamente. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XII* (p. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914a). Introducción del narcisismo. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XIV* (p. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914b). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XII* (p. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17a). 18° Conferencia de introducción al psicoanálisis. La fijación al trauma, lo inconciente. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVI* (p. 250-261). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17b). 22° Conferencia de introducción al psicoanálisis. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVI* (p. 309-325). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17c). 25° Conferencia de introducción al psicoanálisis. La angustia. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVI* (p. 357-374). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17d). 26° Conferencia de introducción al psicoanálisis. La teoría de la libido y el narcisismo. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVI* (p. 375-391). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y melancolía. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XIV* (p. 235-276). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919 [1918]). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVII* (p. 151-163). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1919). Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVII* (pp. 201-208). Buenos Aires: Amorrortu. También en AA.VV. (1919), *Psycho-Analysis and the War Neuroses*. London, Viena, New York: The International Psycho-Analytical Press. 1921
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVIII* (p. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924 [1923]). Neurosis y psicosis. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XIX* (p. 151-160). Buenos Aires: Amorrortu.
- Jones, Ernest (1919 [1918]). War shock and Freud's theory of the neuroses. En AA.VV. (1919), *Psycho-Analysis and the War Neuroses* (p. 44-59). London, Viena, New York: The International Psycho-Analytical Press. 1921.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En Freud, S. (1986), *Obras Completas. Tomo XVIII* (p. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hartmann, A. (2011). *No se vuelve loco el que quiere*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Jones, E. (1953-57), *Vida y obra de Sigmund Freud. Tres tomos*. Barcelona: Anagrama. 1981
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario. Libro X. La angustia*. Buenos Aires: Paidós. 2006.
- Laznik, D. (2003). Configuraciones de la transferencia: masoquismo y separación. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis. Vol. III*. Buenos Aires: Fac. de Psicología. U.B.A.
- Lerner, P. (2001). From Traumatic Neurosis to Male Hysteria: The Decline and Fall of Hermann Oppenheim, 1889-1919. En Micale, M y Lerner, P. (Ed.), (2001), *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Paskauskas, R. A. (2001), *Sigmund Freud, Ernest Jones. Correspondencia completa. 1908-1939*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Ramirez Ortiz, M.E. (2007), *Psicoanalistas en el frente de batalla. Las neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial*. Antioquía: Editorial Universidad de Antioquía.
- Roudebush, M. (2001). A battle of nerves: hysteria and its treatments in France During World War I. En Micale, M y Lerner, P. (Ed.), (2001), *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930* (p. 253-279). Cambridge: Cambridge University Press.

Fecha de recepción: 10 de mayo de 2016

Fecha de aceptación: 3 de octubre de 2016